

Residuos del insomnio: un tiempo que es el nuestro

LUÍS NOVAIS

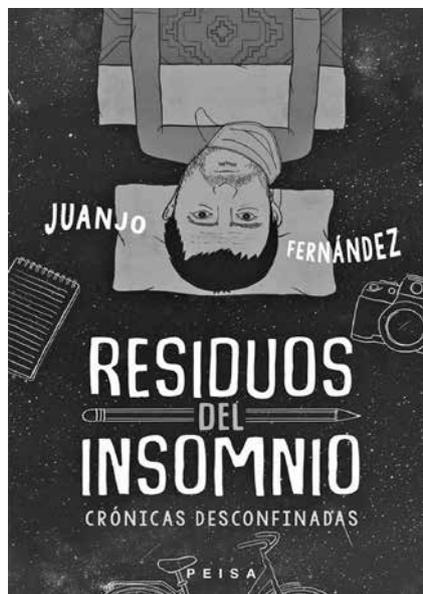
Los acontecimientos relacionados con la pandemia fueron un tsunami que nos hizo repensar costumbres, visiones antropológicas y pensamientos filosóficos. Éramos una sociedad en la que el debate sobre la libertad ya solo tenía sentido en sus facetas más subjetivas, facetas más del dominio de la filogénesis que de temas concretos. Las libertades individuales eran, para nosotros, un hecho consumado, así como los derechos adyacentes: inviolabilidad del domicilio, libertad de reunión, libre circulación.

Sin embargo, esta experiencia única será blanco de reflexiones y estudios que irán de las humanidades a las ciencias exactas y naturales. Con todo, aún no hemos tenido tiempo para ir más allá de una narrativa del cotidiano. Estamos en una fase de “espuma de los días”. En ese sentido, han aparecido obras que tienen la limitación de ser escritas al mismo tiempo de los hechos, pero también las infinitas posibilidades de estar libres de la compleja trama de teorías que solo el tiempo podrá construir. Una de estas obras es *Residuos del insomnio. Crónicas desconfinadas* (2020) de Juanjo Fernández, un español que vive en el Perú y que viaja intensamente por el país.

Residuos del insomnio está compuesto por una serie de crónicas, cada una potencialmente independiente de las otras, pero, a la vez, todas unidas por dos factores: la secuencia cronológica y las experiencias del autor durante el período de confinamiento. Asimismo, encontramos algunas referidas a otras vivencias y hasta reflexiones, presentes o pasadas, del autor.

Bicicleteando por temas

Bajo el pretexto de la pandemia, este libro nos habla de la sociedad contemporánea y cómo su autor ve nuestro tiempo. No es preciso avanzar mucho en la lectura para comprender que estamos frente al pensamiento de alguien que está cerca de la nueva izquierda urbana, navegando y sobreviviendo en la borrasca de la pérdida de absolutos que nos trajo la posmodernidad. Es aquí que el libro tiene su principal interés: es una fuente sobre cómo se estructuran individualmente las visiones del mundo formadas en esta sociedad globalmente masificada.



Residuos del insomnio. Crónicas desconfinadas

Juanjo Fernández
PEISA
Lima, 2020
288 pp.

Fernández está mucho más centrado en la defensa de causas específicas que en seguir ese pensamiento dialéctico que el que se buscaron teorías sociales en el siglo XIX y en parte del XX. Montado en su bicicleta recorre una Lima en cuarentena y nos muestra retratos de personajes o situaciones con las que se cruza, a veces usando lo que ve para conectarlo con lo que siente, y otras para un discurso analéptico en que nos habla de lo que ya vio y sintió. De esta manera, nos presenta a “Isabel Pesantes, de 60 años, postrada sobre su carrito, con huellas de quemaduras antiguas en el cuerpo” (p. 21); o la “vecina de enfrente, que limpia la planta con mucho amor” (p. 36); o aquel “grupo de personas que esperan para regresar a Cerro de Pasco” (p. 134); o la señora Luci quien “es un encanto” (p. 38); o Nieves, quien “empezó a sentir contracciones a las cinco de la mañana” (p. 264). Al mismo tiempo, son diversas las causas que expone mientras sus personajes reales van entrando en escena. Los derechos y las libertades salen en cascada de su pluma, los mismos que

fueron severamente afectados durante el confinamiento, hasta que termina preguntándose si todo no habrá sido una “oportunidad de oro para adaptarnos a una nueva realidad de Inteligencia Artificial y Big Data en donde los humanos [...] se queden en sus casas y se vigilen unos a otros pro bono” (p. 151). Entre su defensa de los derechos está también la de las minorías sexuales y la de los excluidos.

Asimismo, salta a la vista su defensa de las poblaciones nativas, en un casi neoindigenismo que bebe de las fuentes de Mariátegui y de Arguedas. Sus viajes y las muchas idas a la selva peruana han marcado su pensamiento: las comunidades nativas no son pobres “tienen su río para pescar, su monte para cazar, su chacra para cultivar; con un machete hacen una casa y una barca” (p. 57), pero “petróleo y dinero han contaminado el agua y el corazón de los hombres” (p. 57). Estas referencias son constantes: “No me canso de escribir sobre el drama de los pueblos amazónicos en el Perú” (p. 94), desahoga. Pero aun así no cae en el maniqueísmo. Dice: “hay apus que cobran a las empresas hasta cuarenta mil soles por permitirles trabajar en sus comunidades. Lo peor es que cobran mil soles a sus vecinos por ponerlos en la lista para obtener un trabajo con ellas” (p. 73). De esta manera, el autor traza un panorama en el que confluyen aspectos sociales, culturales, económicos, política y corrupción.

En cada una de las crónicas encontramos ese frente común, que es la denuncia de una sociedad que produce excluidos en nombre de la codicia. Es como si Fernández nos hablara de otro virus, uno que prospera paralelamente al de la pandemia, de uno que hace que esta sea, al final, una metáfora de aquel: el avaro virus, que todo transforma en un producto económicamente normalizado. Podemos, entonces, integrar esta obra en el devenir de la historia del pensamiento. El combate de Fernández es contra otra tradición, la del británico Smith que un día escribió —divinizó— sobre el egoísmo, poniéndolo paradójicamente en el altar del interés común: “No es por la benevolencia del carnicero, del cervecero y del panadero que podemos contar con nuestra cena, sino por su propio interés”.